

Gonzalo Hidalgo Bayal

CONVERSACIÓN

colección andanzas



TUSQUETS
EXTURES

Índice

Portada

Cita

Kalé heméra

Corzo

 Capítulo 1

 Capítulo 2

Aquiles y la tortuga

Monólogo del enemigo

Reparación

Créditos

CONVERSAR. Tratar urbanamente y conversar con otros. Conversable, el apazible y tratable. Conversación, la comunicación y plática entre amigos. Desconversable, el retirado y desapazible. *Latine converso, as, frequantivum a converso, de con et versus, porque dize una razón y buélvenle otra, y torna a responder, y de esta manera se trava la conversación.*

Sebastián de Covarrubias,
Tesoro de la lengua castellana o española

Kalé heméra

Prometí que nunca contaría lo que voy a contar, pero vuestras palabras me han hecho evocar tan vivamente aquellos tiempos, han pasado tantos años y se trata de una historia tan desdichada, que no creo que a estas alturas tenga la menor importancia mi promesa. Aclararé que lo cuento con pesadumbre, que no se trata de una presunción y que me produce una extraña tristeza su recuerdo. Así que, si rompo la promesa y os lo cuento, es para que tengáis noticia de otras formas de dolor y de heroísmo. El caso es que cuando terminé los estudios anduve unos años viviendo a salto de mata, buscando sin éxito trabajos provechosos y malviviendo con clases particulares de lengua o de francés (entonces el francés era la primera lengua extranjera por excelencia) y, sobre todo, de latín y griego. Trabajaba en academias cochambrosas, a veces periféricas, a veces céntricas, situadas en sótanos inmundos o, con un poco de suerte, en la planta principal de edificios tan rancios como peligrosos, con suelos de madera crujiente y polvoriento y con una atmósfera de penumbra que hoy parece inconcebible. Los dueños de estas academias eran empresarios de la ignorancia y, con criterio de agencia tributaria, nos pagaban un porcentaje creciente de la cuota que satisfacía cada alumno, un treinta, un cuarenta, un cincuenta por ciento, de modo que se producía la paradoja habitual de estos negocios, es decir, la incompatibilidad del rendimiento económico con el provecho académico. A mayor número de alumnos mayores beneficios, más alto porcentaje y peores resultados. Pero, bueno, esta historia no tiene que ver con academias, sino con clases particulares. Alguien a quien le preocupaba mi subsistencia me llamó un día y me propuso dar clases particulares de griego, dos veces por semana, a un solo alumno, en su casa. Según la

norma empresarial de las academias, dar clase a un solo alumno tenía alguna ventaja intelectual para el alumno, pero escasa rentabilidad económica para el profesor, de modo que no era una propuesta enteramente apetecible, salvo por mi situación de extrema necesidad. Hubo algo, sin embargo, que me animó a aceptar la oferta en principio. Como las clases serían por la mañana y yo tenía toda la mañana libre (ya se sabe que las academias son nocturnas o estivales), acordamos un primer encuentro para pactar los términos del contrato, así que a la mañana siguiente, sin encomendarme a nada ni a nadie, me puse en camino, tras la senda de la subsistencia. Tuve que consultar un callejero. Cogí un autobús que me desplazó hacia el sur de la ciudad. Allí tuve que caminar durante diez minutos hasta otra parada, donde cogí otro autobús (un autobús destartado y quejumbroso que ni siquiera era digno de su nombre: de hecho, los usuarios lo llamaban camioneta) que me llevó hasta la periferia y allí tuve que caminar durante quince minutos hasta llegar, preguntando, a la dirección que llevaba apuntada en una cartulina. Me encontré finalmente ante un bloque de pisos nuevos, como recién estrenados, pero de albañilería menor, marcados ya por las huellas de la desolación, y subí a la tercera planta. Llamé a la puerta y enseguida salió a abrirme una mujer, que me invitó a pasar. Eres el profesor de griego, dijo. Yo asentí y pasé. Me indicó un sillón de mimbre, junto a una mesa camilla, con brasero (no sé si he dicho que estábamos a mediados de noviembre), con un mapa de hule de España y Portugal, y preguntó si quería tomar una cerveza o un café. Al principio dije que no, pero tras una discreta vacilación acepté el café, para reponerme del viaje, una verdadera odisea, pensé con ironía, un verdadero descenso a los infiernos. Pues yo soy tu alumna, dijo la mujer cuando me hubo servido el café, un café solo, negro, espeso, sedimentario. Ella también se había puesto café, en una taza idéntica a la mía, y se sentó frente a mí. Era una mujer baja, ni guapa ni fea, yo calculé que de

treinta y dos, treinta y tres años, con cierta dulzura en el semblante y con un vago aire de tristeza en los ojos, como resignada a una condición infeliz. Había dejado de estudiar a los dieciocho años, cuando estaba en *preu* (*preu* era el equivalente de lo que ahora llamáis *cou*: como veis, los programadores de la enseñanza son adictos a las úes; a esa insignificancia se reduce en estos tiempos la universidad: úes opacas; no, no sabía que ya tampoco hay *cou*), se había casado joven, tenía dos hijos (estaban en el colegio), su marido trabajaba en una fábrica de coches y había llegado el momento, y en eso estaba de acuerdo con su marido y con sus hijos, de no ser sólo ama de casa y de emprender los estudios abandonados hacía catorce o quince años. Alguna vez, de joven, se había imaginado licenciada en arte o en literatura y, aunque era otro ahora el propósito, el arte o la literatura seguían siendo su objetivo. Pero había dejado el *preu* con dos asignaturas colgadas, la filosofía, que era sólo de estudiar, dijo, y el griego, que nunca había llegado a entender y del que había olvidado incluso el alfabeto. Por eso, ahora que quería seguir y volver al punto en que lo había dejado, necesitaba un profesor de griego. La historia me cautivó, así que enseguida empezamos a hacer planes y a trazar un programa. Necesitaríamos la sempiterna gramática de Berenguer Amenós y los ejercicios de la Hélade para recuperar los conocimientos remotos. Después nos acogeríamos a la *Ilíada* y la *Odisea*, más concretamente a la antología de la Sociedad Española de Estudios Clásicos que figuraba como texto de traducción oficial de *preu*, y el diccionario manual griego-español de José Manuel Pabón. El griego es engañoso, le dije, parece que se olvida por completo, pero en el momento en que uno vuelve a él rápidamente advierte que no ha olvidado tanto como pensaba. No es como el latín, le dije, que también es engañoso, porque uno cree que no ha olvidado mucho y cuando vuelve sobre él no da pie con bola. Hablamos de ciclismo y natación, de Heráclito y Parménides, de Aquiles y las tortugas,

de morfología y sintaxis, de declinaciones y partículas, esos μέν, esos δέ o esos γάρ que, según ella, tan complicados e inútiles resultaban. No son inútiles, dije, son los soportes del discurso, las muletas del sentido. Ciertamente, en efecto, en primer lugar, por una parte, bromeé, son necesarios, etcétera. Al fin y al cabo, yo siempre estuve de acuerdo con nuestro profesor de lenguas clásicas. Dije muchas cosas, naturalmente, las suficientes e incluso más (recité, por ejemplo, el primer verso de la *Odisea*: Ἄνδρα μοι ἔννεπε, Μοῦσα, πολύτροπον ὃς μάλα πολλά, un arma secreta de la memoria, háblame, musa, del astuto varón errabundo) para que la mujer advirtiera el nivel de mis conocimientos y se entusiasmara con un porvenir de grandeza intelectual inmediata y asequible. Acordamos los horarios sin dificultad: dos clases de hora y media por semana, los martes y los jueves, de once a doce y media, en el centro de la mañana, por los niños, porque tenía que llevarlos al colegio y recogerlos y darles de comer a mediodía (el marido comía en la fábrica) y volver a llevarlos y a recogerlos por la tarde, etcétera. Quedamos, pues, en tener el martes siguiente la primera clase seria y provechosa. Me despidió en la puerta y yo salí de allí con el ánimo encogido. Me maravillaba, por una parte, que una mujer como aquélla, con un marido y dos hijos (no sé si eran niños o niñas, o niño y niña), en aquella atmósfera de plexiglás, que era la forma de una ilusión transparente, la expresión de una felicidad sintética y humilde, quisiera dedicarse a estudiar griego y licenciarse en arte o en literatura. Me fastidiaban, por otra, los cálculos ganancieros: considerando la mensualidad de las clases y descontando dos trayectos en autobús y otros dos en camioneta, más casi una hora de paseo entre autobús, camioneta y bloque, bloque, camioneta y autobús, a mí no me iba a compensar en nada un entretenimiento que me iba a llevar, en cambio, toda la mañana. Como además tendría que dedicarme al griego de un solo alumno, cada clase, aparte del transporte, me supondría un porcentaje de un quinientos

por cien de hora lectiva. El acuerdo era, más que ruinoso, temerario. Pero tampoco me atrevía a telefonar y desdeirme de la palabra empeñada. Durante los cuatro días que faltaban para el martes anduve en el dilema: por una parte, imaginaba excusas para no aceptar la oferta y, por otra, preparaba la primera clase con todos sus pormenores, pues, en efecto, quería demostrar que, conmigo, el griego carecía de dificultades. Así pasaron el viernes, el sábado, el domingo y el lunes. Cuando llegó finalmente el martes, el primer martes, repetí el recorrido de la semana anterior, el autobús, el paseo de diez minutos, la camioneta, los quince minutos, hasta llegar por segunda vez al bloque de pisos nuevos y a la desolación original de su mezquina arquitectura, a la tercera planta y al timbre cuando apenas faltaban tres o cuatro minutos para las once. La mujer, que tal vez me había visto avanzar por el descampado desde la ventana, abrió con rapidez. Pasa, pasa, me dijo. Me invitó a sentarme en la mesa camilla y me ofreció (yo diría que más que ofrecerlo lo trajo directamente, sin consultar) un café solo. También ella se sirvió un café. Yo esperaba ver sobre la mesa la gramática de Berenguer Amenós y la Hélade y el diccionario manual y un cuaderno y hasta la antología de la *Ilíada* y la *Odisea* de la Sociedad Española de Estudios Clásicos, pero sólo estaban los cafés y un paquete de tabaco y un encendedor y un cenicero. ¿Empezamos?, dije apenas probé el primer sorbo de café. Tengo que hablar contigo, respondió la mujer con una gravedad que yo desde luego no esperaba. Y vas a tener que disculparme, añadió. La miré con algún desconcierto y me pareció advertir en ella los rasgos de una incertidumbre temblorosa y vencida. No vas a ser mi profesor de griego, dijo mirándose las manos. En cierto modo, para mí era una solución favorable, aunque no es lo mismo ser rechazado que no aceptar. Quiso darme explicaciones, pero dije que no era necesario. De hecho, cada segundo que pasaba acrecentaba mi alivio. Pese a todo, la mujer insistió. Es por mi marido, dijo sin mirarme. Es

muy celoso. Según parece, cuando le contó al marido que el profesor particular era un chico joven, más joven que ella (y que él), montó en cólera. El marido esperaba a un jubilado tal vez, o a un monstruo deforme, como una variación de Quasimodo, o a alguno de esos personajes ambiguos que el costumbrismo sitúa entre el afeminamiento o el celibato, no lo sé, lo cierto es que, cuando supo que el profesor de lenguas clásicas era un joven de veintitrés o veinticuatro años, se negó a aceptar el procedimiento pedagógico. Ha puesto una condición, dijo la mujer: que el profesor particular de griego sea profesora. La estoy buscando, añadió. Intenté quitar importancia al asunto, al menos en lo que a mí se refería, y desvié la conversación. ¿Es que no se fía de ti?, pregunté. No es que no se fíe, dijo, es que piensa que tres horas a la semana los dos solos tienen que desembocar necesariamente en lo que imagina. No se fía de mí entonces, dije. No, respondió, no se fía de un hombre y una mujer a solas. Cuando se acabó el café, me levanté para irme. ¿Más café?, preguntó. Entendí que era una forma de pedir perdón, de resolver amistosamente nuestro acuerdo, y, aunque yo no quería irme con descortesía, tampoco me apetecía seguir hablando y escuchando intimidades o miserias. No, dije, mejor me voy. La mujer me acompañó hasta la puerta y me dio la mano. Es una pena, dijo, podíamos haber hablado de muchas cosas y estoy segura de que habría aprendido mucho griego. Insistí en que no se preocupara. Entonces, sin soltarme la mano, me dio un beso en la mejilla. Adiós, dijo. Pero seguía sin soltar mi mano. Algo debió de cruzar de pronto por su mente, una luz fugaz, una ocurrencia traviesa. No sé. Entonces me miró y me dio otro beso, muy suave, con los ojos llorosos y el cuerpo estremecido. Yo me quedé inmóvil, perplejo, indeciso. Ven, dijo. Y, como quien es conducido con resignación al matadero, como quien se presta a un sacrificio inaplazable, caminé delante de mí, llevándome de la mano, hasta el dormitorio, donde entramos como dos adolescentes indefensos e ino-

fensivos. A las doce y media me dio la mano por tercera y última vez en la puerta de la casa. Si hubieras sido mi profesor de griego, esto no hubiera ocurrido, dijo. Y me pidió un favor: que lo recordara siempre y que nunca lo contara. Se lo prometí. Incluso hice un juego de palabras con la traducción de las partículas del jueves anterior: μέν, γάρ, δέ, y el marinero de la historia inmortal. Nunca te olvidaré, fue lo último que dijo. Salí de la casa y me encaminé hacia la camioneta. Durante todo el trayecto me bailó en la mente la imagen de la mujer, un rostro que se ofrecía con una tristeza infinita y con una melancolía inagotable a una acción imprevista. Creo que nunca me he sentido tan triste como entonces. No me vais a creer, pero cuando me senté en la camioneta, mientras iba recorriendo por cuarta y última vez aquellos desmontes, dando tumbos por aquellos descampados, sorteando los confines de la ciudad, iba llorando. Verecundor referens. Lo confieso con vergüenza. Las lágrimas no me dejaban ver con nitidez la miseria del paisaje ni la suciedad ingrata de tanta desventura. Los dioses destinaron a los míseros mortales a vivir en la tristeza, dice Aquiles. Pues tened por seguro que nunca me ha ocurrido nada tan triste, que de nada me he sentido tan culpable, que nada me ha procurado tantos remordimientos. Cada vez que me acuerdo de aquella mujer, todavía, al cabo de treinta y tantos años, se me hace un nudo en la garganta, me entra un extraño hormigueo y me suben de no sé dónde una compasión y una piedad inagotables, un sombrío desconsuelo. Por esa desazón lo cuento.

Corzo

1

Al llegar, nos encontramos con un paraje montuoso, lleno de bosque y abandonado de la mano de Dios y de los hombres, como si llevara años a merced del furor salvaje de la vegetación. La maleza había invadido todos los contornos de lo que, antaño, había sido una casa de campo, de modo que parecía que la naturaleza se había tragado literalmente el viejo edificio, una antigua construcción que, dada la solidez de sus materiales, había sobrevivido a los diversos empeños del hombre por destruir lo que otros hombres habían construido. En realidad nosotros llegamos allí sólo por casualidad, porque los caminos del azar son, como bien se sabe, tortuosos e inescrutables. El caso fue que un día nos llamaron por teléfono, nos preguntaron los nombres, los nombres de nuestros padres, los primeros, segundos, terceros y aun cuartos apellidos, los lugares de nacimiento de unos y otros, la fecha de fallecimiento de nuestros padres y un meticuloso sinfín de comprobaciones administrativas, antes de comunicarnos finalmente que habíamos heredado un pequeño territorio maldito en la espesura de Los Huranes. Según certificación del catastro, La Tebra era el nombre propio del lugar de la herencia. Había pertenecido a un tío nuestro, un tío lejano al que no conocíamos y del que no teníamos noticia alguna, ni siquiera noticia de su existencia, menos aún de sus propiedades, que, por lo demás, eran de fácil enumeración: un piso estándar en las afueras de Madrid, donde había vivido solo durante más de treinta años, hasta su muerte, que fue apacible, nos dijeron, y La Tebra, un ameno rincón en el corazón de Los Huranes. Así fue como un día, después de arreglar diversos trá-

mites patrimoniales y más con espíritu de aventura que de legítimos herederos, decidimos acercarnos al lugar de Los Huranes del que, dadas las circunstancias, éramos nuevos propietarios. Compramos mapas del instituto geográfico nacional y nos pusimos en camino una mañana de julio. Llegamos sin ninguna dificultad a los alrededores de nuestro destino y, cuando la cartografía turística dejó de ser eficaz, las distintas orientaciones que recabamos o que nos dieron tuvieron algún valor, porque nos encaminaron hacia nuestra recién heredada propiedad. Al cabo del tiempo, sin embargo, la excursión desembocó en una hosca y huraña extravagancia. Metimos el coche por senderos estrechos, por surcos de tierra, por claros del bosque, pero no lográbamos encontrar un camino definitivo. Habíamos preguntado sucesivamente por La Tebra a empleados de gasolineras emplazadas en el fin del mundo, por las que no parecía posible que pasaran coches, a camareros de bares de carretera que permanecían vacíos y desahuciados, con el ruido inútil del televisor encaramado en un rincón del techo, junto a cabezas de ciervo o aperos de caza o de labranza, a mujeres quemadas y esquivas con pañuelos oscuros en la cabeza, a hombres ennegrecidos que precedían a animales de carga, y las indicaciones eran cada vez más confusas y cada vez nos perdíamos más y nos adentrábamos más en la espesura de un laberinto inexpugnable. Unos y otros conocían el lugar, al menos de oídas, y lo identificaban fácilmente, aunque traducían siempre el nombre de La Tebra a lenguaje llano. Sí, nos decían, donde Corzo. Y enseguida nos advertían de las dificultades del acceso: caminos ciegos, sendas obstruidas, veredas trucas. Sólo Corzo conoce trochas, atajos y vericuetos, decían. ¿Y dónde encontraríamos a ese Corzo?, preguntábamos a unos y a otros. Eso nadie lo sabe, respondían. Seguimos, pues, avanzando, a ciegas, por caminos de tierra, por sendas enmarañadas, hasta que no tuvimos más remedio que dejar el coche, porque el camino, invadido de maleza, se había hecho demasiado es-

trecho. Nos bajamos, indagamos un poco alrededor y nos quedamos sin saber qué hacer, si seguir a pie o regresar y renunciar a la contemplación de nuestra propiedad, a la exploración y al reconocimiento de La Tebra. En dicho trance estábamos cuando apareció nuestro último samaritano. Era un hombre mayor, con el pelo gris rojizo, de ojos vivos e inmunes, que avanzaba con el aire receloso de una fiera vencida, cojeando ostensiblemente, como si clavara la pierna izquierda en el suelo e hiciera un recorrido circular de atrás adelante con la derecha, como un compás trazando semicírculos sucesivos, uno de esos hombres de campo, pensamos, enraizados con lealtad animal en una tierra de la que viven y a la que deben todas sus miserias y sus pesadumbres. Estábamos al lado del coche, en el último ensanchamiento del camino, apenas todavía en la zona boscosa, en las primeras estribaciones vegetales de Los Huranes, cuando lo vimos acercarse. Hizo un saludo con la cabeza al llegar a nuestra altura y tuvimos la impresión, por sus movimientos, de que no pensaba detenerse. Entonces le explicamos nuestro rumbo y requerimos su orientación. ¿La Tebra?, preguntó. Se quedó un rato mirando a un lado y a otro, como si dudara en elegir el buen camino, nos miró luego largamente a nosotros y finalmente pareció que se decidía a hablar. ¿Donde Corzo?, dijo. No lo sabíamos. Todos nos hablan de ese Corzo, dijimos, pero no nos dicen nada más. El hombre hizo un gesto de reproche, como si hubiera algo imperdonable en lo que decíamos o en lo que nos habían dicho, o tal vez en lo que no nos habían dicho. ¿Quién es Corzo?, preguntamos entonces, pero el hombre no contestó, sólo se ratificó en su primera idea. Seguro que es donde Corzo, dijo. Le ofrecimos un cigarrillo, pero lo rechazó con amargura. Sigán andando, dijo, porque si han de encontrarlo lo encontrarán y si no han de encontrarlo, por más que lo busquen, no lo encontrarán. No dijo más. Hizo un ademán, tal vez de adiós, de desdén tal vez, y echó a andar camino abajo. Ni una sola vez se volvió para mirar-